

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job, 38, 1.8-20): *Hasta aquí llegarás y no pasarás.*

Salmo (106, 23-24, 25-26, 28-29, 30-31): *«Dad gracias al Señor, porque es externa su misericordia»*

2ª lectura (2ª Corintios, 5, 14-17): *Nos apremia el amor de Cristo.*

Evangelio (Marcos 4, 36-40): *¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?*

Para entrar en el anímico contexto de este relato podemos pensar en las pateras o cayucos que constantemente zarpan de las costas africanas hacia España. La televisión nos muestra deprimentes escenas de supervivientes ilegales en una situación de desvalimiento; de los ahogados en el intento no se nos da más que el número. Son gentes en lucha contra el mar, con el firme deseo de supervivencia, de llegar a Europa y alcanzar prosperidad para sus vidas. Lo mismo que los discípulos, pero sin llevar a bordo la seguridad contra todo riesgo y peligro en la persona de Jesús, aunque esté profundamente dormido.

Los discípulos no eran fugitivos en busca de libertad, ni clandestinos en busca de trabajo. Eran hombres de mar, pescadores de profesión en lucha por su supervivencia contra las olas, acompañantes del Maestro que duerme en la popa agotado por el trabajo. Los hombres de mar desconfían de sus conocimientos náuticos, pero acuden como única esperanza al Maestro con una queja a la vez impaciente y desesperada. *«¿No te importa nada que nos vayamos a pique?»*. Jesús tranquiliza primero los espíritus turbados con un contra reproche: *«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?»*. Y después al mar *«¡Calla y enmudece!»*. El resultado fue la calma en las aguas y el viento, y la profesión de fe en los discípulos serenados: *«¿Quién es este?»*.

El relato de Marcos puede tener una lectura como de espectador desde tierra o como de protagonista desde dentro. Visto desde fuera se trata de unos hombres en peligro en unas aguas violentamente alteradas por fenómenos naturales. Así se suele leer este pasaje: como lector, como espectador. En realidad, había que leerlo como descripción metafórica de situaciones existenciales en la vida de todo hombre. Son múltiples las amenazas de hundimiento en la vida de cada individuo, creyente o no: la amenaza de una pandemia, de una enfermedad incurable, la penuria económica, la crisis en el matrimonio, los problemas con los hijos, el fracaso profesional en el negocio, en la amistad, en la fe, en la situación desesperada de la soledad... son momentos en que uno se siente solo e impotente ante el peligro y desearía tener allí la presencia poderosa de Jesús, aunque fuera dormido, porque nada grave puede suceder al que camina con Jesús, aunque parezca que duerme.

El recurso a Jesús no es una petición confiada: *“Señor, ayúdanos”*, sino una queja con enorme carga de amargura. Acuden a él en el peligro. Le llaman *“maestro”*, y con ello dan a entender que tienen fe en su poder para hacerse con la situación de peligro y dominarla. Pero Jesús piensa que su fe es insuficiente, tan pequeña como si de hecho no existiera. Porque quien piensa que debe llamar la atención de Dios sobre sus peligros o problemas, o le pone condiciones y le hace reproches, no cree en el verdadero Dios, providencia y amor, sino en un dios con defectos y distraído, en un dios que no existe.

Muchas veces luchamos con la vida y nos agotamos en vano mientras nos parece que Dios nos ha abandonado a nuestra suerte: *“Si Dios me ama, ¿por qué sufro, por qué estoy así, por qué precisamente yo?”*. Es la hora de la fe. Dios calla, pero el silencio de Dios nunca es despreocupación u olvido. Él ha prometido su presencia, pero no como receta mágica en cada situación, ni como seguro contra toda adversidad. Él pide fe en su presencia que significa una firme convicción: a los que navegan conmigo no les puede suceder nada malo, aunque yo duerma. *«No temáis, yo estoy con vosotros, permaneced vosotros en mí»*.

Cuando se ha tocado el fondo de nuestras posibilidades humanas, llega quizá la hora de la intervención de las posibilidades divinas. A veces noto que Él va conversando conmigo, incluso a veces lo veo que actúa en mi compañía, sin embargo, se, que, en la travesía de mi vida, en la pequeña barca en que navego, el piloto soy yo.

Los vientos que azotan mi vida son muchos, las olas se estrellan con fuerza y a veces parece que mi barca se va llenando de agua. Pero yo quiero ser un hombre de fe. Creo que Jesús va junto a mí. Tal vez duerma tranquilo recostado sobre un cojín en algún rincón de la nave, confiando en que soy sabedor de que junto a Él no hay fuerza capaz de hacerme naufragar.

Jesús fue quien me invito: *«Vamos a la otra orilla del lago»*. Encontrarás vientos propicios y vientos adversos, olas tranquilas y olas encrespadas; hallarás periodos de bonanza y periodos de tormenta y en más de una ocasión tendrás la sensación de estar a punto de naufragar. Más no dudes nunca que yo hago contigo la travesía.

Nos encontramos en medio de una terrible pandemia que asola a toda la humanidad y, tengo miedo. Estoy inquieto, nervioso, tenso, amedrentado y sobrecogido por el miedo. Mi fe a ratos se tambalea, creo que me contagiaré y mi final será inminente, que lo que me espera no es la *“otra orilla”* sino el fondo del mar: *¿Por qué tienes tanto miedo? ¿Aún no tienes fe?* El reproche es justo, a fin de cuentas, la salvación no procede de mis conocimientos, habilidades o destrezas, sino de quien puede acallar al viento y devolverme la calma.